

de noche. Fouché, que debía renovar este medio revolucionario en 1815, bajo un rey de Francia, Fouché no se ciñó á hacer ejecutar el decreto dado contra unos ciudadanos inocentes de la conjuracion que se les acriminaba. Despues de un informe suyo, las cárceles se abrieron para otras víctimas: en fin Bonaparte, á quien servian con tanto celo los hombres de la revolucion que formaban sus consejos, se atrevió á pasar enteramente los límites de la legislacion, y pidió una ley, que no solo estableció tribunales especiales que eran necesarios, sino que daba tambien á los cónsules la facultad de desterrar á las personas sospechosas. Esta proposicion se hizo primero al tribunato; y este cuerpo mereció dignamente su desgracia próxima con una discusion muy viva sobre el senado-consulta. Jamas hubo batalla legislativa mas reñida y tan indecisa. En aquella época los ciudadanos respetaban aun al patriotismo de los oradores y á los derechos individuales. Los acentos republicanos retumbaban todavía en la tribuna; los debates eran libres y las leyes no se votaban por fuerza ó por seduccion. Entonces Daunou, Chenier, Benjamin Constant se ilustraron de-

fendiendo á las libertades públicas y rechazando á las innovaciones presentadas por el consejo de estado. La lucha entre el poder y el tribunato duró siete sesiones; la resistencia de los tribunos recordaba los dias hermosos de la legislatura francesa, y una mayoría de ocho votos solamente, que hizo admitir la ley, cubrió de gloria á la parte de aquella asamblea que la rechazó. Luego que el gobierno se vió autorizado con nuevas facultades, todas las conspiraciones, que habian amenazado directamente la vida del primer cónsul, fueron perseguidas ante los tribunales civiles ó militares; Arena solo fue sentenciado por un jurado. La inspiracion de la ley que creaba tribunales de excepcion venia de los campos de guerra de Italia y de Egypto.

La gloria iba á cubrir de laureles los excesos del poder. Los ejércitos beligerantes abrieron la campaña de Italia el 15 de diciembre. El general Bellegarde, á la cabeza de setenta mil hombres, tenia que aguardar la cooperacion de los ejércitos del Tirol y de Nápoles para pasar el Mincio y entrar en el Milanés. El general Brune no podia igualmente tomar la ofensiva sobre la fuerte línea del Mincio,

antes de haber asegurado su ala izquierda con la marcha del ejército de los Grisones. El 17 de diciembre, Bellegarde habiéndose movido, Brune salió avanzando. Dupont mandaba el ala derecha francesa, Moncey la izquierda; Suchet el centro y Delmas la derecha. El general Rochambeau, destacado del ala izquierda, debía comunicar con el ejército de Macdonald. Marmont mandaba la artillería. El paso del Mincio estaba señalado en el lugar de Mozambano. El 21, se empenó una acción general; los Austriacos echados de todos sus puestos se retiraron hasta Peschiera. Moncey se apoderó de Mozambano y Suchet ocupó la posición de la Volta. Dupont echó al enemigo al otro lado del Mincio, y se estableció delante de Goïto; pero recibió la orden de echar un puente á Molino della Volta, enfrente del lugar de Pozzuolo, y de dirigirse con su cuerpo hácia la Volta. Se le encargaba hacer un falso ataque el 29, mientras que se estaba efectuando el paso en Mozambano, el mismo día. Este falso ataque, combinado con habilidad y ejecutado con vigor, dió motivo á que pasase al otro lado á pesar del fuego del enemigo, y vino á ser una batalla decisiva que daba fin á la campaña

desde el principio, si el general en jefe no se hubiese obstinado en su primera resolución, á pesar de los mensajes de Dupont que le informaba que estaba peleando con el centro y con la derecha del ejército austriaco. En vano Suchet vino á asegurar que el general Loison estaba peleando en Borgheto con la misma energía que Dupont en Pozzuolo; Brune se mantuvo inflexible. En fin el general Dupont despachó el general Ricard, su jefe de estado mayor, para anunciar y representar que, en lugar de limitarse á la diversion propuesta, se hallaba empeñado en una batalla formal, cuyo resultado quedaba asegurado con el paso del rio, si los tres cuerpos de ejército restantes se reunían al suyo. Nada pudo vencer la obstinación del general en jefe. Sin embargo, á pesar de su resolución, la batalla de Pozzuolo duró todo el día. La aldea, cuya ocupación era importantísima, se tomó y se perdió muchas veces. El general Suchet con tres brigadas, sostenía el cuerpo de Dupont; Pozzuolo quedó en poder de las tropas francesas. El enemigo perdió seis mil hombres, entre ellos dos mil prisioneros. El general Brune no se contentó con detener á la victoria, quiso hacerla retroceder. Los ge-

nerales Suchet y Dupont, aunque victoriosos, tuvieron que abandonar sus posiciones y venir á tomar el puesto que les correspondia en la operacion de Mozambanò, que se efectuó el 17, á pesar de la resistencia la mas viva. Los combates de Vallegio y de Salionzo añadieron nuevos laureles á los de Pozzuolo, y costaron todavía seis mil hombres al enemigo que se retiró sobre el Adige. El general Bellegarde concentró su ejército en el campo de San Martin delante de Verona. Pero el general Brune le anduvo siguiendo, repitiendo sobre el Adigela maniobra del Mincio. Un falso ataque, confiado tambien á Dupont delante de Verona, distrajo al enemigo, y el paso se efectuó el 1° de enero de 1804 en Bussolengo.

Al momento en que el general Delmas, á la cabeza de la vanguardia, atravesaba el Adige, un parlamentario del conde de Bellegarde vino á dar parte del armisticio de Steyer y ofrecer de estipular un convenio bajo las mismas bases; pero existia una dificultad, de cuya resolucion dependian las facultades que tenia el general frances para tratar. El primer cónsul, en una carta, habia fijado las condiciones de una ocupacion política y militar.

« Os advierto que hagais conocer al general  
» Brune que no debe consentir en ningun ar-  
» misticio, como no se le conceda la ocupacion  
» de Mántua, Peschiera, Ferrara, Ancona y á  
» lo menos la parte de Leñano que se halla sobre  
» la orilla izquierda del Adige; en el caso en  
» que el enemigo no quiera admitir las condi-  
» ciones, debe situarse sobre el Piave. Man-  
» dareis al general Macdonald dirigirse sobre  
» Trento y facilitar, con sus movimientos en  
» las gargantas de Basano, el paso del Brenta. »

Tales eran las órdenes del primer cónsul; la corte de Viena, al contrario, prescribia al general Bellegarde conservar á Mántua á toda costa.

Al dia siguiente, 2 de enero, todo el ejército frances estaba sobre la orilla derecha del Adige, Bellegarde habia levantado su campo de San Martin y evacuado á Verona. Aguardaba con impaciencia la cooperacion de los generales del Tirol, á quienes habia mandado reunirse con él en Vicencia por el valle del Brenta. Pero con sus nueve mil hombres, Macdonald estorbaba su retirada, al mismo tiempo que procuraba seguir los movimientos de Brune, que le dió parte del paso del Mincio y le daba

la órden la mas expresa de llegar á Trento antes que las tropas que tenia enfrente. Brune, mas generoso esta vez , puso á la disposicion de Macdonald los tres mil hombres de la division Rochambeau. Para entonces Macdonald , siguiendo su marcha audaz por los hielos y peñascos , habia llegado el 6 de enero á Storo , á veinte y cinco leguas de Trento. El ejército de los Grisones habia cobrado un nuevo ardor con la noticia del paso del Mincio , y los generales austriacos del Tirol italiano hicieron nuevos esfuerzos para impedir la reunion de Macdonald y de Moncey ; pero éste último habia llegado el 9 á Roveredo , despues de haber batido á los Austriacos en la Chiusa , en la Corona y en Serra-Valle. El general Laudon habia concentrado sus fuerzas entre Roveredo y Trento , cuando Macdonald entró en aquella ciudad , despues de haber andado en un dia cuarenta millas. Laudon escapó á Moncey , engañando su lealtad con la falsa alegacion de un armisticio como el de Steyer , estipulado entre Brune y Bellegarde. Moncey no tuvo dificultad en firmar el convenio y no conoció el engaño de Laudon hasta despues de haber llegado cerca de Trento.

El ejército frances perseguia con vigor al ejército austriaco ; despues de un encuentro muy reñido , llegó el 8 de enero á Vicencia ; el 12 pasó el Brenta. Dos dias despues el general Bellegarde se hallaba separado del ejército victorioso por el Piave ; pero al momento en que el coronel Sebastiani entraba en Treviso , los plenipotenciarios austriacos se presentaron con poderes. El general Brune vino á Treviso , donde firmó el armisticio el 16.

Quedó estipulado que todas las plazas designadas en la carta del primer cónsul al ministro de la guerra , se entregarian á los Franceses , exceptuando á Mántua , que debia quedar bloqueada á ochocientas toesas. Pero , como era fácil de preverlo , el primer cónsul , lejos de ratificar el armisticio de Treviso , amenazó con denunciar el de Steyer , si Mántua no se entregaba. Un nuevo armisticio , cuyas condiciones dictó , se firmó en Luneville el 26 de enero y Mántua abrió sus puertas al ejército de Italia. Segun se ha visto , Brune , desde el principio de la campaña , no quiso tomar consejo sino de sí mismo. Así es que , despues de haber hecho perder á su ejército la ocasion de una victoria decisiva , ofrecida por el ene-

migo en Pozzuolo, hubiera perdido con la cesion de Mántua el fruto mas apreciable de la victoria, si el primer cónsul no hubiese insistido. Así se acabó la campaña de Brune, tan brillantemente sostenida por Dupont y Suchet. Brune estuvo muy lejos de recordar, á la cabeza del ejército de Italia, el guerrero de Rivoli y de Berghen; y tuvo mucho que agradecer á los generales Suchet y Dupont que tuvieron todo el honor de la campaña.

La cooperacion de Nápoles, á favor del ejército austriaco, habia sido absolutamente nula, pero podia hacerse peligrosa; pues el general Miollis, que con tres mil hombres solamente habia podido contener á la Toscana, y reprimir la insurreccion de Arezzo, se vió precisado á hacer avanzar las levas cisalpina y piamontesa contra los Napolitanos que habian llegado hasta Siena, con el cuerpo del general austriaco Sommariva; felizmente los rechazó sobre el camino de Roma. El primer cónsul habia previsto esta diversion que le pareció un verdadero peligro en caso, de que el ejército de Italia experimentase alguna desgracia. Para oponer de repente una fuerza respetable á los Napolitanos, dirigió sobre los

Alpes la segunda reserva de diez mil hombres formada en Amiens, la que salió de Milan el 12 de enero dirigiéndose sobre la Toscana y sobre Ancona. Esta marcha cubria todavía un misterio, pues era todo á favor del Santo Padre, cuyos Estados, invadidos por los Napolitanos, Murat tenia el encargo de libertar. Entonces el primer cónsul hizo entrar por la primera vez al Papa en los cálculos de la política francesa tomando bajo su proteccion el patrimonio de la Iglesia, y logrando del Sumo Pontífice que cerrase sus puertos á los Ingleses. En cuanto á los Napolitanos, nunca quiso mirarlos como confederados del Austria, aunque los hubiese cogido *in flagranti*, sino como los de la Inglaterra que ocupaba sus puertos. La misma consideracion que le habia determinado á no admitir á la Inglaterra en su negociacion de Luneville con el Austria, le hizo igualmente prohibir al general Brune el incluir al ejército napolitano en el armisticio de Treviso. Al recibir esta noticia, la reina Carolina, asustada ya con el paso del Mincio, viéndose aislada en un extremo de la Italia, y expuesta á las venganzas del vencedor, salió apresuradamente para San Petersburgo, donde logró in-

teresar á su favor, acerca del primer cónsul, al emperador Pablo I°. ; En qué brillante posicion se hallaba entonces la República francesa ! Un emperador de Rusia despachaba á uno de los principales oficiales de su corona para solicitar á favor de la reina de Nápoles. El montero mayor de Rusia logró con facilidad del primer cónsul el que admitiese como medianero á su soberano. Bonaparte tenia interes en que toda la Europa conociese la union que existia entre él y Pablo I°, en el momento en que su ejército obligaba á la casa de Austria á pedir la paz á dos jornadas de Viena. El embajador de Rusia fue recibido con una pompa real, y mantenido durante todo el viage que hizo, por órden de su soberano, desde Paris á Napoles para determinar á la reina Carolina á que aceptase las condiciones de la Francia. El ejército de Italia le hizo los mayores honores. En llegando á Florencia, Murat salió á recibirle, y halló la ciudad iluminada. Por la noche fue al teatro, donde se le ofreció una bandera rusa, que juntó con una francesa diciendo: «*Dos grandes naciones deben ser amigas para la paz del mundo y el bien general.* » El desgraciado Pablo pagó con la

vida las pruebas que dió de su adhesion á este principio generoso. Su intervencion detuvo entre las manos de Bonaparte el rayo que iba á hacer cenizas al trono de Nápoles, y obligó á la reina Carolina á firmar el 18 de febrero de 1801, un armisticio de treinta dias, que cerraba sus puertos á la Inglaterra, su natural protectora, y á entregar sus plazas principales al ejército frances. En esta circunstancia, Pablo apoyaba poderosa y patentemente el sistema continental, cuya renunciacion estipulada, doce años despues, en su propio palacio, debia llamar á su aliado Napoleon á Moscou, y á su sucesor Alejandro á Paris. La reina Carolina se determinó con prontitud, cuando supo que Murat, á la cabeza de parte del ejército vencedor del Austria, marchaba sobre Nápoles. De manera que esta princesa perdió la esperanza de ser comprendida en el tratado que el Austria negociaba en Luneville. Los doce mil Franceses que entraron en las plazas fuertes napolitanas, bajo las órdenes del mariscal Soult, en virtud del convenio militar, se llamaron ejército de ocupacion, y el erario de Nápoles tuvo que pagar 500,000 francos mensuales para su sueldo.